

EL DUENDE. N. 8.

Concluye el discurso del número antecedente.

Pero ¿ por que no se cumplen, ó pueblo, tus designios ? ¿ Porqué tantos y tantos españoles se esmeran en amontonar obstaculos á tu felicidad , y en vez de reunirse á los que buscan el bien, se emplean en suponerles miras que no tienen , é interpretando sus palabras pintan como destructores del altar y el trono á los mismos que mas se interesan en la gloria del primero y en la solidez del segundo ?

No hai que extrañar que esto suceda, pues todo nace de un origen. He dicho que en las revoluciones conservan los pueblos mucha parte de su caracter; pero tambien por largo tiempo de los vicios que nacieron de su antiguo sistema. En la nacion en que la educacion pública estaba descuidada, no hai que esperar muchos aciertos en los primeros pasos de una revolucion. El pueblo que era virtuoso será moderado en su reaccion, pero si tiene que luchar con un enemigo extérno no podrá contar de pronto con grandes políticos, ni sobresalientes generales. En fin la parte moral presentará mil bellezas, pero la parte científica se resentirá de la ignorancia. Si se ha de hablar el lenguaje de la verdad , aun quando se trate de los que mas aborrecemos, no podremos dexar de conocer que el antiguo gobierno frances protegia las artes y las ciencias mucho mas que el nuestro. Así es que en los años de aquella revolucion hicieron unas y otras maravillosos progresos , pudiendose decir que mientras unos se confundian con las fieras y salpicaban sus ropas con la sangre de sus conciudadanos, otros se hacian acreedores á que se escribiesen sus nombres en el templo de Minerva.

¿ Y en España ? No ha sido ni podia ser lo mismo. Jamas diré que faltaban entre nosotros hom-



bres instruidos, pero es evidente quan corto era su número. Buenos deseos los habia en millares de españoles, pero esto no basta quando es menester ciencia y se requieren obras. He aquí la fuente de tantos errores en lo político y en lo militar que se han cometido en nuestra revolucion con gran provecho de los enemigos. He aquí la verdadera causa por que muchas reuniones elegidas por los pueblos para que los gobernasen, han dexado de corresponder á las esperanzas que de ellos se tenian. Nombra- ban los pueblos aquellas personas que se les figura- ban mas á proposito para salvarlos, empero ni ellos conocian qual debia ser su ciencia, ni tenian muchos en que escoger pudiesen. ¿Y como habia de haberlos, si las mejores obras de política apenas eran conocidas entre nosotros? Los elegidos tomaban las riendas del gobierno con mui buena intencion, pero no correspondieron las obras á los deseos. Si se atendie- se á esta verdad, veriamos que son mui pocos los es- pañoles que realmente han merecido el renombre de traidores. Pero como el pueblo juzga por los resulta- dos, y estos han sido tan infelices, no ha sabido ha- cer otra cosa que culpar al que tenia á su frente, achacando á la voluntad los hierros del entendimiento.

Mui dignas de disculpa son las faltas que han cometido algunas de las personas que baxo distintos nombres y formas de gobierno han dirigido la nacion desde los primeros dias de esta época, pero no tie- nen ninguna aquellos que debiendo emplear sus lu- ces en hacerlo manifesto al mismo pueblo dirigen- do asi la opinion pública, la han extraviado y siguen extraviando del verdadero camino que es lo mismo que agravar mas y mas los males que nos afligen. Para causar este daño efectivo se han valido de las conversaciones particulares, del conducto de las im- prentas, y (lo que es mas doloroso) de la misma

59

cátedra de la verdad, del púlpito donde solo debía oírse la voz del evangelio, las maximas de la sagrada moral, y donde las materias políticas no tienen lugar alguno. Ministros de la religion santa, yo venero vuestro caracter, pero no puedo menos de advertir la diferencia que hai entre vuestros sermones y los de los padres de la Iglesia. Yo siento tener que decir que, ó por un exceso de zelo, ó por falta de acercarnos á ver la verdad de varias proposiciones que censurais con demasiada acritud, os habeis hecho unos culpables. Esos temores infundados de que la santa religion desaparezca de entre nosotros, esa moda de llamar hereges á los que piden que se corrijan los abusos, ese declamar perpetuo y ese no probar nada de lo que decís, quando por el contrario los mismos escritores, á quienes calumniáis, prueban hasta la evidencia todas sus proposiciones y manifiestan los fundamentos de su doctrina, no nueva, no moderna, sino mui conforme á los principios de aquella justicia universal que no tiene patria, y que nació con el hombre y no desaparecerá hasta que espire el último de los mortales, eso, eso es lo que divide sin cesar los animos, lo que enerva las prontas resoluciones que pudiera tomar el augusto Congreso en el riesgo en que nos hallamos, y finalmente eso es lo que cimenta mas y mas los abusos cuyos tristes efectos han sido la casi universal destruccion de la nacion española.

Esta diversidad de opiniones es causa de que la opinion pública no se fixe y que al cabo de tres años de revolucion, ú mejor diré, de desgracias no haya adelantado nada la ilustracion del pueblo. ¿Pero como ha de hacer progresos, si los que han de enseñarles deliran? Vamos todos contra el enemigo exclama uno, sin advertir que las victorias no se conceden á la multitud sino al orden, á la ciencia mi-

litar, á la disciplina ; y que un exercito compuesto de todas clases de gentes, viejos y mozos, debiles y robustos, seria no un exercito, sino una multitud desordenada que á la vista de una columna de verdaderos soldados se dispersaría como en los campos de America huían tantos millones de hombres á la presencia de los insignes compañeros del gran Cortes. Pero el pueblo que no está acostumbrado á pensar, y que apenas distingue una riña de una batalla, juzga que, así como en aquella, tres pueden mas que uno, en la guerra diez mil han de arrollar á cinco mil. Y no es lo peor que así lo piense, sino que partiendo de este falso principio, mira con odio al que no toma las armas, se burla del que se mantiene en los pueblos ó provincias libres, y desprecia altamente todos los otros modos que hai de ser útil á la patria el que materialmente no puede tomar un fusil y hacerse soldado. De distinto modo pensaría el mismo pueblo, si desde el principio de nuestra revolucion se le hubiese hecho conocer que solos doscientos mil españoles solteros, robustos, de buena edad, bien disciplinados, bien mantenidos, provistos de todo lo necesario, y entusiasmados y mandados por sabios xefes, é instruidos subalternos, eran capaces de haber arrojado al enemigo, y elevado hasta el templo de la fama la gloria del nombre español. Teniendo el pueblo ésta exâcta idea de la guerra, lo primero no hubiera atribuido las dispersiones y las desgracias á la mala voluntad de los Generales, hubiera visto que el daño nacía de la naturaleza misma del exercito, de ser compuesto de gente visofia, nada instruida, casi desnuda y falta de viveres y aun de armas. ¿Quantas veces la caballería ha marchado á batirse llevando sogas por estrivos, atada la espada con cordeles, y potros recién venidos del campo en lugar de buenos caballos de

pelea? ¿Quantas veces el ataque ha sido despues de dos ó mas dias de rigoroso ayuno? ¿Y que esperamos de un recluta mal armado, poco diestro, desfallecido que se presenta á un soldado con un brillante uniforme, buenas armas, bien mantenido y perfectamente mandado? Un milagro patente hubiera sido la victoria, y no es regular que espere-
mos milagros quando desaprovechamos los medios naturales que Dios ha concedido á España para hacerse res-
pesar de sus enemigos. Constitucion fuerte, virtud, constancia, y valor ha dado Dios á los etpañoles: sobre sus fertiles campos ha derramado la abundancia, tenemos en las ricas Americas minas que por siglos enteros nos han estado rindiendo cosechas de oro como en otros paises puede haberlas de trigo: todo lo tenemos y solo nos faltó el arte de aprovecharlo, es decir un buen gobierno, un sistema fixo, una voz que mande con energía, que se haga obedecer con velocidad y exâctitud.

Pero esta voz no puede mandar con fruto si antes no estan persuadidos de sus verdaderas obligaciones aquellos que han de obedecerla. No puede tampoco haber buen gobierno sino hai ciencia, no puede reedificarse lo que arruinaron los abusos, sino se descubren estos con firmeza y se les hace con valor la guerra. El extraordinario desorden de tantos años se ha extendido á todas las clases del estado: en todas ellas se le encuentra, en todas hai que descubrirle y combatirle. Hé aquí la obligacion de los escritores públicos: he aquí el lauro de los que emplean su talento y sus plumas en buscar el bien de la patria. Dignos son de lograr su aprecio, dignos de que se crea lo que evidentemente prueban; pero ¿como han de lograr estimacion ni credito mientras el autor de un folleto pregunte insubsamente quantos franceses han muerto los periodicos? ¿como han se de ser

estimados los que publicamente se ven tratados de hereges en boca de ignorantes predicadores? Tal vez me responderán que entre lo mucho que se escribe no hai una obra perfecta, y que ni aun una mediana puede encontrarse. Bien: yo quiero concederles por un momento que ninguno de quantos escriben haya acertado, y que sean otros tantos disparates quantas ideas han producido (lo qual no es así, pues se han impreso muchas verdades que debieran servir de bases al sistema que necesitamos) pero aun en este caso no deben ponerse en ridiculo los escritores públicos, ni es justicia negarles la estimacion que su clase merece. ¿Quantos Hipocrates hai entre los médicos? ¿quantos Annibales, Escipiones, Cordobas &c. entre los militares? y aun en la casa de Dios ¿quantos Agustinos, Franciscos y Domingos hai entre los hijos de estas sagradas religiones? Sin embargo á cada profesion se la honra como es justo, y al religioso se le concede con razon el respeto que su habito merece. ¿Pues por que no ha de ser lo mismo respecto de los escritores públicos? ¿por que se ha de negar la utilidad de ellos, y se ha de desconocer el distinguido lugar que ocupan entre los buenos ciudadanos? Escriben por hambre, dirán algunos con el necio autor de la Diarrea de las imprentas. ¡Bellisima razon! ¿Con que el escritor merece desprecio por que no costea la impresion de sus obras y luego las regala? Se hace ridiculo por que se utiliza del producto de su trabajo? ¿El General de exercito es despreciable por que cobra su sueldo? ¿El Magistrado es venal por que percibe sus honorarios? ¿El Comerciante es abominable por que lleva dinero por los generos que despacha? ¿Y el predicador es famélico por que, sea con el nombre de limosna, ó como sea, lo cierto es que percibe cierto interes por el sermon que ha estudiado y pre-

dicado? Finalmente el Sacerdote, el letrado, el militar, el empleado, el artesano &c. todos exigen la recompensa de sus tareas: en ellos es justicia el darsela, y no se hacen ridículos por disfrutarla: únicamente el escritor público lo es por que hace esto mismo. Rídiculos y despreciables de mil modos son esos que así piensan, y así se atreven á escribirlo.

Sepan esos tales, y quantos protectores tiene la ignorancia, que en una revolucion política, quando una nación se mira víctima de su mal sistema de gobierno, y quiere constituirse para encontrar la felicidad que perdió por los abusos, es indispensable que se escriba mucho y de muchas maneras. Sepan que todas las ciencias tienen sus elementos, y que el arte de gobernar no carece de ellos, y que al principio quando nada hai es preciso sentar ciertas proposiciones que á primera vista parecen tribiales; pero que son las bases de todo el sistema. Si un hombre entrase en una academia militar y viendo que el profesor entretiene á sus discipulos hablandoles de lineas y figuras geometricas, exclamase ¡qué necios! ¿piensan estos que con lineas se contiene al enemigo? ¿qué diriamos de esté ignorante? Si el que ha de ser médico, se empeñase en que le enseñasen modos de curar, esto es, recetas, y no le hablasen de anatomía ni fisiología, si el estudianta de teología se escusase de empezar por una buena lógica, física, y metafísica, y preguntase que tengo yo que ver con las propiedades del cuerpo, ni con los atributos del espíritu, ni con los actos *ad intra*, &c. &c. &c. lo que yo quiero es saber predicar, confesar, y defender la fé contra los hereges, diriamos con razon que estos estudiantes eran necios, pues intentaban llegar al fin sin pasar por los principios y el medio. Pues esto mismo es lo que buscan aquellos que censuran y ridiculizan los papeles públicos. Ahora es

preciso establecer nuestro sistema, ahora es indispensable sentar las bases, y tan cierto es esto, que por no estar bien determinadas desperdicia tiempo en discusiones el Congreso, pues se habla dias y dias sobre puntos que se decidirían pronto si estuviesen determinados los principios.

No pregunten si con papeles se matan franceses. Con papeles se corrigen abusos, de la correccion nace el acierto en el gobierno, y el acierto extendido á todos los ramos produce buen sistema economico y militar, y por consiguiente dinero y tropas, que son los elementos de la guerra.

Bien saben esto los que tanto critican á los escritores; pero les importa mas el que se conserven los abusos: sin embargo por fortuna ya sus miras se descubrieron y en vano quieren disfrazarse. Yo conozco que les será doloroso el remedio, pero es indispensable que pierdan una parte de sus rentas y comodidades para que no lo pierdan todo. Es necesario y mui urgente que el supremo gobierno empiece con energía á cortar abusos y que despreciando esas vanas exclamaciones y esa veneracion á lo antiguo, busque sendas nuevas y extrañas pues tan extraña y nueva es nuestra situacion. Empezando á pisar con pie firme el camino del acierto, empezarán tambien á verse los buenos resultados, y entonces los patriotas se reanimarán, los egoistas insensibles empezarán á conocer que sus intereses particulares ganan en que prospere el interes general, y en fin los mas indiferentes se decidiran y en todo el pueblo español no habrá mas que una voz, un solo deseo. Esto se consigue fixando con exatitud las bases, diciendo hasta aquí llega el sacerdote, lo demas es del político. Mientras esto no se haga, lá ignorancia será mas poderosa que la ciencia, y el pueblo vacilando entre los dos partidos, no sabrá á quien dar su confianza. Todo se hará á medias, habrá exercitos sin ser exercitos, erario sin dinero, temor al enemigo, desconfianza en el amigo, en una palabra, habrá todo lo malo que hai quando falta un método, un sistema constante.

Cádiz 1811. Imprenta de Quintana.